

EMILIO EN SUSPENSO

de Marco Espinosa

PERSONAJES

EMILIO, joven de 14 años.

LA MADRE, madre de Emilio.

EL PROFESOR, profesor de Emilio.

SÍNTESIS ARGUMENTAL

EMILIO es un joven de 14 años de edad situado en la búsqueda propia de la adolescencia. Vive con su MADRE, la cual decide por su propia voluntad encerrarse en su casa y no salir. Emilio accede al mundo exterior por medio del colegio, en donde conoce al PROFESOR, generando con él una particular relación de amistad. Finalmente, Emilio, podrá escapar de su casa, de su madre, de la ausencia de su padre, del colegio y del profesor, pero jamás podrá huir de sí mismo.

ESCENA 1.
(EMILIO SOLO)

EMILIO:

Mi cabeza no despierta.
Aunque mi cuerpo apenas reacciona
me sostengo de pie
y miro mi doble en el espejo.
Estoy igual.
Como siempre.
Soy igual que ayer, digo.
Sonrío.
Y no me detengo.
Pero si me detengo,
no sonrío.
Si me detengo,
veo algo pequeñito
que se aloja en medio de mí,
algo diminuto,
algo que me oscurece más aún
y ensombrece mi cabeza
y mi cuerpo
y todo lo que sale de mí.
Oscuro, todo oscuro.
Entonces no despierto,
y no me veo
y no me detengo
y no me doy cuenta de que algo crece,
inevitablemente,
en medio de niño.

ESCENA 2.

(LA MADRE SOLA)

LA MADRE:

Vivo pensando en qué momento vas a venir a buscarme, Osvaldo. A veces, escucho un ruido y me sobresalto, porque pienso que algo malo pasa, pero de inmediato me tranquilizo porque pienso que llegaste. Otras veces apenas oigo un sonido, como una musiquita y me imagino rodeada de flores y de gente que llora por mí. (Pausa) Ya no puedo esperar más tiempo. Estoy aquí, sola, vieja, desgastada y tú no vienes a verme ni a buscarme. Extraño tus manos, tu manera de pronunciar mal algunas palabras. Me gustaba reconocer esos errores, saber que algunas cosas que decías estaban mal dichas o mal pronunciadas, pero no te decía nada, porque eso me hacía sentir superior a ti, me hacía sentir que te ganaba. Pero cuando miraba al niño y reconocía en él tus manos, tus gestos, tu carácter, me daba cuenta que había perdido y me prometí no volver a dejar que me hicieras otro niño, esa era mi venganza. No reproducir, no reproducirte más, olvidarme del culpable de mi desgracia, del responsable de mi pena, del autor de la espera. Yo no me rindo, estoy esperándote y creo que cuando llegues voy a poder contarte lo feliz que soy desde que te fuiste y explicarte las razones del por qué ya no me haces falta.

ESCENA 3.

(EMILIO ESCRIBIENDO EN SU CUADERNO, AL FRENTE DE ÉL, LA MADRE, PLANCHANDO)

EMILIO:

“...El acto sexual... es fruto... del amor... coma... del deseo... y del consentimiento responsable... de ambas partes... punto seguido... Consiste... en la introducción del pene del hombre... en la pena de la mujer...”

LA MADRE:

¿En la “pena”?

EMILIO:

Sí, en la pena.

(PAUSA)

LA MADRE:

A veces no comprendo lo que me dices, pero no me importa. Otras veces creo que no dices lo que debes y tampoco me importa. Pero en algunas ocasiones creo que dices mucho más de lo que debes y eso, escúchame bien, me hace daño, me duele.

(LA MADRE INTENTA SALIR)

EMILIO:

¿Dónde vas?

LA MADRE:

Al bar, al consultorio, a la parroquia, donde la vecina, al cementerio, a cualquier lugar. Lo importante es detener este dolor, calmar la pena.

EMILIO:

¿Con el acto sexual?

LA MADRE:

No, niño. Lo que tú dices que es la pena no es realmente la pena.

EMILIO:

¿Pero tú la quieres calmar?

LA MADRE:

Si, niño.

EMILIO:

¿Por qué quieres calmar la pena, mamá?

LA MADRE:

Para que no me duela, niño.

EMILIO:

A mí me duele algo aquí. Otras veces acá. Pero cuando me miro a los ojos, veo que el dolor se va asomar por aquí, y entonces no me detengo a mirarlo, pero me duele.

LA MADRE:

No me gusta cuando te pones complicado y no te entiendo.

EMILIO:

La tentación de ver mi dolor directo a los ojos a veces me excita, otras veces me asusta. De cualquier manera, me inmoviliza, porque me gusta pensar que mientras no lo vea no me va a doler y entonces no existe, aunque me habita.

LA MADRE:

Hace casi catorce años que no te entiendo. Alguien tiene que ayudarte. Dices cosas horribles sin darte cuenta. Inventas formas verbales. Cambias palabras por otras que me asustan.

EMILIO:

No puedo explicarme mejor.

LA MADRE:

Pero alguien tiene que ayudarte, porque cuando te pones complicado, primero hago como que te entiendo, después pienso un rato tratando de entender lo que me dijiste y como no lo logro, hago como que me olvido y me obligo a creer que me da lo mismo. Pero algo muy chiquitito, algo diminuto se queda por mucho tiempo en medio de mí. Algo tan insignificante que perfectamente podría pasar desapercibido, pero que me duele, niño, me da pena.

EMILIO:

De eso te estoy hablando.

LA MADRE:

Y yo te escucho, niño.

EMILIO:

Te hablo de ese dolor que siento cuando me doy cuenta de que no me entiendes y sólo me escuchas o haces como que me escuchas, o peor aún, haces como que no te importa y te obligas a creer que te da lo mismo y te fuerzas a olvidarlo. Mamá, eso me duele.

LA MADRE:

Todavía no sabes lo que es el verdadero sufrimiento.

EMILIO:

Sí, mamá. Si sé. Es la edad, mamita. Sufro por mi edad. Tengo pena y no la puedo calmar.

LA MADRE:

Ten cuidado, porque a veces la pena no se va. No se fue. Se quedó. Tu padre la dejó aquí, justo en medio de mis piernas, en este vacío. (*SÚBITAMENTE VIOLENTA*) Debería obligarte todas las noches a mantener los ojos abiertos y a escucharme, mientras te muestro fotos de tu padre y te cuento algunas historias. (*PAUSA*) Ahora, vamos al colegio que casi llegamos tarde.

(SALEN AMBOS EN DIRECCIÓN AL COLEGIO)

ESCENA 4.

(EL PROFESOR SOLO)

EL PROFESOR:

Camino por un lugar desconocido.

A lo lejos, se escuchan cantos de niños.

Siento un deseo extraño,

un deseo casi pedagógico,

un deseo del cuerpo docente,

pero sin cuerpo.

Una voz me dice al oído que al entregarse a la educación,
el niño muere.

Y yo lo sé,

porque un maestro es esencialmente un asesino,

un homicida,

un exterminador del niño.

No se puede educar sin desnaturalizar,

sin pervertir.

Un maestro es criminal

y su deseo más íntimo es la muerte del niño.

La posibilidad de muerte es mi derecho a goce.

Sigo caminado y

veo a un niño muerto,

colgando,
rodeado de otros niños que cantan,
Despierto.

ESCENA 5.

(COLEGIO. SALA DE CLASES CON UN PLANISFERIO)

EL PROFESOR:

¿Usted sabe por qué estamos aquí?

LA MADRE:

No lo sé. Supongo que el niño hizo algo malo. Yo no podía venir, pero como me mandaron a decir que era urgente, vine.

EL PROFESOR:

Emilio, ¿quieres contarle a tu mamá por qué estamos acá?

EMILIO:

Me gustaría, pero yo tampoco lo sé, o sea entiendo lo que me dicen, pero no me doy cuenta.

LA MADRE:

Emilio, no te pongas complicado, que no te entiendo...

EL PROFESOR:

No nos reunimos porque Emilio hizo algo malo. No. Él sólo tiene un trastorno en el lenguaje.

LA MADRE:

Pero el niño habla lo más bien. Yo le entiendo todo.

EL PROFESOR:

Emilio confunde algunas palabras.

LA MADRE:

El niño no tiene ningún problema. Él sabe lo que dice.

EL PROFESOR:

No estamos tan seguros de eso. Hemos detectado este problema desde el curso del año pasado y pensamos que se iba a solucionar. La verdad es que nadie le dio mucha importancia, pero ahora...

LA MADRE:

Yo no quiero que me lo castiguen, mire que yo veo las noticias... yo sé lo que le hacen a los niños en el colegio...

EL PROFESOR:

Nosotros sólo queremos ayudarlo.

LA MADRE:

¿Ustedes?

EL PROFESOR:

Sí, nosotros.

LA MADRE:

¿Usted y quién más?

EL PROFESOR:

Cuando digo nosotros, quiero decir yo, los profesores, la hermana directora... es decir, el colegio entero...

LA MADRE:

Ah.

EL PROFESOR:

Señora, Emilio no entiende (*MIRANDO A EMILIO*), o sea entiende lo que le pasa, pero no se da cuenta...

LA MADRE:

Señor, no se ponga complicado, que no le entiendo...

EL PROFESOR:

Cuando Emilio quiere decir algo, sin querer, cambia palabras. Quizás por eso a veces usted no le entiende cuando habla.

LA MADRE:

Ya le dije que le entiendo todo. *(PAUSA)* La verdad es que a veces no le entiendo totalmente, pero comprendo la idea central, ¿me explico?

EL PROFESOR:

Si.

EMILIO:

De eso te está hablando.

LA MADRE:

Si. Y yo te dije que alguien tenía que ayudarte.

(PAUSA)

EMILIO:

Necesito salir del baño.

(PAUSA)

EL PROFESOR:

Sí, anda.

(EMILIO SALE)

LA MADRE:

El niño necesita que lo ayuden. Yo no puedo sola. El niño me tiene enferma, seca, flaca, pobre. Me siento como carcomida por el sentimiento materno. Desde que lo tuve me quedé como estática y de ahí puro cocinar, ver la comedia, hacer aseo, planchar ropa y dormir. Cuando se enferma me entretengo, hasta me pongo alegre, no ve que me saca de la rutina como quien dice. Pero esta enfermedad es diferente, no me pone alegre.

EL PROFESOR:

La comprendo.

LA MADRE:

A veces, cuando no le entiendo nada de lo que me dice, me dan ganas de decirle que yo pienso que él sabe lo que dice, pero que lo disfraza. Al final, no le digo nada y dejo que me diga lo que quiera.

EL PROFESOR:

¿Usted cree que lo hace a propósito?

LA MADRE:

Estoy segura. Es igual a su padre. Decía una cosa y hacía otra cosa que no era una cosa cualquiera, sino exactamente lo contrario de lo que había dicho que iba a hacer.

EL PROFESOR:

Esa es la diferencia de Emilio.

LA MADRE:

¿Cómo?

EL PROFESOR:

Emilio no dice lo contrario, sino algo diferente.

LA MADRE:

Peor. Porque por lo menos a su padre había logrado entenderlo, pero a Emilio...

EL PROFESOR:

Lo importante es que vamos a tratar de ayudarlo. Se va a quedar dos días conmigo después de clases, ¿le parece?

LA MADRE:

Sí. Pero yo prefiero que me acompañe en la casa. Sola me desespero. Sola.

EL PROFESOR:

Necesitamos trabajar para que pueda desarrollarse normalmente.

LA MADRE:

No, si está bien. Yo sólo le decía lo que prefería. *(PAUSA)* El niño está solo. Ausencia de imagen paterna, le dijo la visitadora. Ayúdeme, no ve que se crió solito, en la casa, porque no le gusta salir a jugar con otros niños al pasaje. Juega solo. Quién sabe a qué cosas juegan los niños solos. Ayúdeme, no ve que es medio lento, medio tullido. Yo no puedo hacer nada por él, no ve que no le entiendo. Es casi igual a su padre, el mismo genio, los mismos gestos, las mismas manos. Y me desespero. Ayúdeme, a ver si aprende a trabajar en algo, para que se mantenga cuando sea más grande y yo me pueda volver al campo. *(EMILIO ENTRA)* Niño, te vas a quedar después de clase con él dos días a la semana, para que podamos entenderte mejor. *(PAUSA)*

EL PROFESOR:

Los martes y los jueves. Vamos a leer y a conversar. Trataré de que sea entretenido. *(ESPERAN QUE EMILIO DIGA ALGO. PAUSA. EMILIO NO DICE NADA)* Bueno, adiós y mucho gusto.

LA MADRE:

Buenas tardes.

EL PROFESOR:

(A EMILIO) Nos vemos el martes. *(ESPERA QUE EMILIO DIGA ALGO. PAUSA. EMILIO LO MIRA, NO DICE NADA Y SALE JUNTO CON LA MADRE)*

ESCENA 6.

(LA MADRE SOLA, PLANCHANDO)

LA MADRE:

Me casé muy joven,
aunque me hubiese gustado
quedarme soltera.
Envejecer en el campo junto a mi madre,
preocuparme de sus comidas,
cuidar sus enfermedades,
calentarla en invierno,
esperar su muerte.
Sostener este cuerpo incompleto

a partir del recuerdo constante
de que sigo siendo la más joven.

ESCENA 7.

(EMILIO JUNTO AL PROFESOR MIRANDO UN PLANISFERIO)

EL PROFESOR:

De estos países, ¿cuál te gustaría conocer?

EMILIO:

Todos.

EL PROFESOR:

Pero, ¿en algún orden?

EMILIO:

Sí, partiría aquí y terminaría acá. *(SEÑALANDO EL MISMO PUNTO LAS DOS VECES)*.

EL PROFESOR:

¿Dar la vuelta al mundo?

EMILIO:

Sí. Y encontrar a mi papá.

EL PROFESOR:

Yo pensaba que estaba muerto.

EMILIO:

Eso dice mi madre, pero nunca ha podido acordarse de qué manera se murió. Es por eso que existe la posibilidad de que esté por ahí.

EL PROFESOR:

Sí claro. Quizás sería mejor que esperaras a que volviera, porque si los dos se están moviendo, lo más probable es que nunca se vayan a encontrar.

EMILIO:

Mi papá no se mueve. Debe estar quieto, o borracho por ahí, pero no se mueve. Porque mi mamá dice que mi papá siempre esperaba a que las cosas pasaran. Por eso yo, mi mamá, su muerte.

EL PROFESOR:

Entonces, ¿tú crees que tu papá está muerto?

EMILIO:

No estoy seguro. Pero, yo lo extraño, sabe, aunque mi mamá dice que no debo hacerlo, porque hay que dejar descansar a los muertos. Pero yo no le hago caso y todas las noches le hablo. Él viene a mi lado y se queda conmigo hasta que me quedo dormido. Pero cuando despierto en la mañana ya no está. Y me acuerdo de esa mañana en que me dio un beso fuerte en la mejilla y me dijo que me portara bien.

(PAUSA)

EL PROFESOR:

Entonces, supongamos que partimos un viaje desde Madagascar. Sabes donde se encuentra en este mapa.

EMILIO:

Sí, aquí. (*SEÑALA MADAGASCAR*) ¿Usted tiene hijos?

EL PROFESOR:

No.

EMILIO:

Pero, ¿quiere tener?

EL PROFESOR:

Si, aunque falta mucho para eso.

EMILIO:

¿Por qué?

EL PROFESOR:

Porque primero tengo que casarme o encontrar a la persona que quiera tenerlos conmigo... no sé son tantos factores.

EMILIO:

¿Cuántos hijos quiere tener?

EL PROFESOR:

No sé, nunca lo he pensado... creo que... dos... ¿por qué...?

EMILIO:

¿Un hombre y una mujer?

EL PROFESOR:

Sí...

EMILIO:

¿Cuál primero?

EL PROFESOR:

El hombre supongo... no sé, ¿por qué me lo preguntas?

EMILIO:

¿Por qué la niña después? ¿Cree que es mejor que la niña sea más chica, para que su hermano la proteja?

EL PROFESOR:

Sí, es lo... normal, ¿no? ¿Qué crees tú?

EMILIO:

Que no. (PAUSA) Me gusta ser hijo único. Me gusta no tener hermanos. No soportaría tener un hermano mayor porque creería que es responsable de mí. Tampoco me gustaría tener un hermano menor porque me molestaría todo el tiempo. Menos tener dos hermanos y ser yo el del medio.

EL PROFESOR:

¿Por qué?

EMILIO:

No sé si lo leí o me lo contaron, pero dicen que les cuesta darse cuenta de sus virtudes, porque todos alaban al hermano mayor y no aceptan el cariño de los demás, porque siempre cree que quieren más a su hermano menor que a él. ¿Tiene hermanos?

EL PROFESOR:

Sí. Dos.

(PAUSA)

EMILIO:

Aquí está Madagascar. Aquí podríamos partir.

EL PROFESOR:

Dos. Uno mayor y la otra menor. (SONRÍE) ¿Quieres partir en Madagascar?

EMILIO:

Bueno.

EL PROFESOR:

¿Sabes algo de Madagascar?

EMILIO:

No.

EL PROFESOR:

La verdad es que yo tampoco sé mucho. Mejor partamos por un país del que sepamos algo más. ¿Cuál te gusta?

EMILIO:

Me da lo mismo.

EL PROFESOR:

¿Te gusta o no te gusta viajar?

EMILIO:

Sí. En las vacaciones voy donde mi abuela al sur.

EL PROFESOR:

Pero de estos países, ¿cuál te gustaría conocer?

EMILIO:

Todos. Pero prefiero quedarme en mi casa. Tengo miedo. Mi mamá está sola y me tengo que quedar con ella, porque mi papá le dejó la pena entre las piernas.

EL PROFESOR:

¿Cómo?

EMILIO:

Sí, eso me dijo ella. Y a mí me da rabia.

EL PROFESOR:

¿Por qué?

EMILIO:

Porque ella sufre y no le gusta. Yo también sufro, pero a mí me gusta. No sé si lo leí o me lo contaron: es por la edad.

EL PROFESOR:

Pero la gente mayor también sufre.

EMILIO:

Pero no les gusta. ¿Usted sufre?

EL PROFESOR:

Sí, como todos.

EMILIO:

¿Y le gusta?

EL PROFESOR:

Depende. Y tú, ¿por qué sufres?

EMILIO:

Por mí. Me siento extraño.

EL PROFESOR:

¿Diferente?

EMILIO:

No solamente porque confundo las palabras. Todos me dicen que soy distinto. Y eso también me gusta.

EL PROFESOR:

Es bueno ser diferente. Todos somos diferentes. Tus compañeros son diferentes a ti, tú eres diferente a mí, yo soy diferente a tu madre. Nadie es igual a otro.

EMILIO:

Pero a mí me da miedo ser diferente. Es decir me gusta y me da miedo. Es como vivir en suspenso.

(PAUSA)

EL PROFESOR:

¿Haces deporte?

EMILIO:

Me eximí de las clases de Educación Física. Mi salud no es compatible con los esfuerzos físicos. Tengo arritmia cardiaca
Y los huesos demasiado blandos.

EL PROFESOR:

¿Tienes amigos?

EMILIO:

Sí.

EL PROFESOR:

¿Cómo te diviertes?

EMILIO:

A veces salgo a jugar, pero la mayoría de las veces prefiero quedarme en mi casa.

EL PROFESOR:

¿Y qué haces?

EMILIO:

Leo.

EL PROFESOR:

¿Qué lees?

EMILIO:

Cosas que casi nunca termino de leer.

EL PROFESOR:

¿Por qué?

EMILIO:

Porque prefiero imaginarme lo que sigue. Cuando voy al cine me salgo en medio de la película. Si voy al teatro escojo las obras que tienen más de un acto para poder irme en el intermedio y pensar. Pensar en qué personajes nuevos deberían aparecer, quién se va a morir o a quién van a matar, cómo va a cambiar la escenografía... todo.

EL PROFESOR:

¿También los finales?

EMILIO:

No. Eso no. *(PAUSA)* Las pocas veces que vi una película, leí un libro o vi una obra de teatro hasta el final, en el momento en que me doy cuenta que se está acabando, me da una pena inmensa, aunque sea un final feliz. Soy incapaz de leer la palabra fin. Me angustia el momento en que el escenario se va lentamente a negro o el vacío de la página en blanco que sobra al final de los libros. *(SILENCIO)* Profesor, ¿he dicho alguna palabra que no corresponda?

EL PROFESOR:

No, en principio no has dicho nada equivocado. Has dicho lo que opinas. Lo que crees. Y todo lo que uno cree es correcto.

EMILIO:

Yo no quiero cambiar.

EL PROFESOR:

Nadie quiere que tú cambies. Ampliaremos tu manera de pensar a partir de ti mismo, y buscaremos la forma de entregarte la posibilidad de descubrir y desarrollar lo que posees. Quizás en este descubrimiento expongas tu extraña relación con las palabras.

EMILIO:

Quiero aprender a vivir así.

EL PROFESOR:

¿Con este trastorno del lenguaje?

EMILIO:

Pero si usted dijo que yo no había dicho nada incorrecto.

EL PROFESOR:

Sí, pero quizás más en confianza, más en contacto contigo mismo, suceda lo que esperamos. Es por eso que de ahora en adelante, supongamos que soy un niño, supongamos que me convierto en un compañero y comparto tus juegos.

EMILIO:

Está bien. Aunque no lo entiendo del todo. *(EL PROFESOR LE EXTIENDE LA MANO. EMILIO RESPONDE)*

EL PROFESOR:

Nos vemos el jueves.

EMILIO:

(ANTES DE SALIR) Hasta la muerte, entonces. *(SALE CORRIENDO)*

ESCENA 8.

(LA MADRE SOLA, EN EL MISMO SITIO DE LA ESCENA 5, PLANCHANDO)

LA MADRE:

O ser estrella de cine.
Ganar dinero, tener joyas, usar amantes.
Hacer el amor con la cámara.
Morir abrasada por las luces del technicolor
Sostener este cuerpo estelar
a partir de la posibilidad
de la inclusión de mi estrella en el paseo de la fama

ESCENA 9.

(EMILIO CAMINA RÁPIDO A SU CASA)

EMILIO:

Una mano fría, pero cálida.
Una mirada fuerte,
como recuerdo la de mi padre.
Algo nuevo se asoma de nuevo hoy,
en mi cuerpo,
en esta mano,
en los ojos,
que me impiden olvidar.
(SE DETIENE)
Este camino
que me conduce a mi hogar
tiene pocas desviaciones,
pero no sé donde estoy:
debo confesar que me he perdido.
Un hombre que quiere ser un niño
y una fermentación sorda bajo mi piel.
(VUELVE A CAMINAR RÁPIDO A SU CASA)
Camino más de prisa,
una dos tres cuerdas.
Las baldosas me ponen vértigo en el cuerpo.
Necesito llegar luego a mi madre

y esconderme bajo las sábanas
con este olor de una mano
que me queda para siempre,
un olor a naturaleza muerta,
pero mía.

(SE DETIENE)

Hay algo aquí,
en mi mano de esa mano,
en esos ojos que no me dejan,
algo aquí,
en el medio de mí que se deshace,
algo que se cae como en un vacío,
hacia un vértigo ineludible.
Algo como un placer implacable.
(VUELVE A CAMINAR RÁPIDO A SU CASA)

ESCENA 10.

(LA MADRE SOLA, EN EL MISMO SITIO DE LA ESCENA 5, PLANCHANDO)

LA MADRE:

O Ser monja.
Pensar en Dios.
Rezarle a Dios.
Mirarlo a la cara.
Besar el silicio.
Perpetuar mi cuerpo extasiado
en la posibilidad de engendrar un hijo sin mancha.

(EMILIO PASA A SU HABITACIÓN SIN SER VISTO)

O ser la madre perfecta.
Vigilar a mi niño.
Castigar a mi niño.
Malcriar a mi niño.
Sostener este cuerpo materno
Desde la eficacia de la castración.

ESCENA 11.

(EMILIO ESCRIBIENDO EN SU CUADERNO, AL FRENTE DE ÉL, LA MADRE, PLANCHANDO)

EMILIO:

“El amor... es un sentimiento... por el cual... una persona... le entrega a otra... la posibilidad... de dominar... sobre todo su ser... punto seguido...”

LA MADRE:

¿Qué tarea estás haciendo?

EMILIO:

una investigación, mamá.

LA MADRE:

¿Y por qué te hacen investigar esas cosas?

EMILIO:

Fue por sorteo. Hubo otros temas... pero a mi grupo nos tocó el amor. (PAUSA)
Cuándo amabas a mi papá, ¿qué sentías?

LA MADRE:

Nada.

EMILIO:

¿Cómo nada?

LA MADRE:

No sé, lo mismo que todos. ¿No lo averiguaste en ese trabajo de investigación?

EMILIO:

¿Qué?

LA MADRE:

¿Lo del vértigo y esas cosas?

EMILIO:

No, nada.

LA MADRE:

Bueno, eso. Nada más. Por tu padre no alcance a sentir nada más que eso.

EMILIO:

¿Qué?

LA MADRE:

Conocí a tu padre una noche de Julio. Hacía mucho frío. Apenas lo vi, me sentí como mareada, borracha. Caminaba y sentía que corría. No sabía donde estaba. Cuando conocí a tu padre, me perdí. (PAUSA). Sentía que su olor se quedaba para siempre conmigo. (PAUSA) En Septiembre, cuando supe lo del embarazo, nos fuimos a vivir juntos. Y ahí se acabó el amor, porque la causa del vértigo eras tú.

EMILIO:

¿Se acuerda todavía del olor del papá?

LA MADRE:

Sí. Pero se ha puesto agrio con el tiempo.

EMILIO:

Mamita, deben haber olores que no se marchitan.

LA MADRE:

Sí. El olor del primer amor. Dicen que ese es eterno. Yo no lo conocí, porque mi amor fue siempre de segunda mano. Ya estaba gastado cuando me tocó vivirlo. Espero que tengas mejor suerte.

EMILIO:

Tengo miedo.

LA MADRE:

Yo también.

(EMILIO BESA A SU MADRE)

EMILIO:

Adiós.

ESCENA 12.

(EMILIO CAMINA RÁPIDO AL COLEGIO)

EMILIO:

Ahora,
aunque no me mire en el espejo,
sé que no soy igual que ayer.
Ahora,
aunque no me detenga,
ese algo pequeñito que se alojaba en mí,
me habita por completo.
Y aunque ese algo diminuto,
se instala en todo mi cuerpo,
sonrío.
Sí, sonrío, porque me gusta.
Pero me da miedo.
Ya casi no siento
el olor de su mano en la mía.
Esta enfermedad me va a matar.
Esta fiebre sube y no para.
Este delirio me hace apurar el paso hacia mi tortura.
Y la culpa no es de mi madre,
ni de mi padre,
ni del profesor.
La culpa es mía.
Yo soy el único responsable de esta enfermedad
que me hace tan feliz,
que me hace sentir mas sano que nunca.
(COMIENZA A CORRER)

ESCENA 13.

(EL PROFESOR ESPERANDO A EMILIO QUE LLEGA CORRIENDO)

EMILIO:

Perdón, vengo atrasado. *(EMILIO LE EXTIENDE LA MANO, EL PROFESOR CONTESTA)*

EL PROFESOR:

No, estamos bien. Muy bien. ¿Cómo está tu madre?

EMILIO:

Bien, pero con miedo.

EL PROFESOR:

¿Por qué?

EMILIO:

Porque estaba haciendo una tarea sobre el amor. (PAUSA) A mí también me da miedo el amor.

EL PROFESOR:

A todos. (PAUSA) Hoy no vamos a viajar, pero te voy a pedir que leas un poco, para saber si aparece algo de tu extraña relación con las palabras. ¿Quieres leer?

EMILIO:

Para eso vine. O sea, sí, si quiero. ¿Qué voy a leer?

EL PROFESOR:

Toma. En esta página desde esta línea a esta otra.

EMILIO:

“El niño tenía un rostro pálido, unos ojos tristes. Parecían ojos de enfermo; cojeaba y la capa que le cubría hasta media pierna parecía ocultar una joroba, una protuberancia, alguna extraordinaria deformación. Amaba, y este amor causaba más estragos aún en él, porque precedía al conocimiento del amor. Era un dolor difuso, un dolor intenso, contra el cual no existe ningún remedio...” Profesor, ¿he dicho alguna palabra que no esté escrita y la he reemplazado por otra?

EL PROFESOR:

No, Emilio. Vas muy bien. Continúa.

EMILIO:

No puedo. No quiero. (CIERRA EL LIBRO, PERO NO LO SUELTA)

EL PROFESOR:

(DESPUÉS DE UN SILENCIO) Entonces me vas a contar cómo termina la historia.

EMILIO:

Es que no quiero que se acabe. Me imagino muchas cosas. Mi problema no es de comprensión.

EL PROFESOR:

Lo sé.

EMILIO:

Por eso no quiero que se acabe.

EL PROFESOR:

Esta bien, si no quieres hablar de lo que leíste, no hablamos de eso. ¿De qué quieres hablar?

EMILIO:

(MOLESTO) Esta historia termina cuando el niño de ojos enfermos logra sacarse la enorme deformación de su cuerpo.

EL PROFESOR:

De verdad, Emilio, si no quieres hablar de eso, no hablamos. ¿De qué quieres hablar?

EMILIO:

(FUERTE) No importa. Hablemos de eso.

EL PROFESOR:

No es necesario.

EMILIO:

Sí, ahora yo quiero.

EL PROFESOR:

Pero yo prefiero que hagamos otra cosa.

EMILIO:

¿Usted es el que tiene miedo ahora?

EL PROFESOR:

No. ¿De qué?

EMILIO:

Del final de esta historia. ¿De qué si no?

EL PROFESOR:

No sé. Dímelo tú.

EMILIO:

De eso.

EL PROFESOR:

Esta historia no termina como tú crees.

EMILIO:

¿Y cómo termina?

EL PROFESOR:

¿Quieres leer el final?

EMILIO:

No. Cuéntemelo usted.

EL PROFESOR:

El niño se muere, porque nunca pudo sacar la deformación de su cuerpo. Y fue esa deformación la que lo mató. Se envenenó. (PAUSA) Afortunadamente la vida no es cómo la realidad.

EMILIO:

Ni todos los niños ni las deformaciones son iguales.

EL PROFESOR:

(ACERCÁNDOSE A EMILIO) Ninguna deformación por enorme que sea, debe ser causa de su negación. Y con esto terminamos, Emilio. Recuerda, no hay que destruir el instinto, sino regularlo.

EMILIO:

(SALIENDO) Usted siempre busca la manera de hablar de cosas de las que no quiero hablar. Y al final, termino hablando de todo.

EL PROFESOR:

Hasta el martes.

EMILIO:

Hasta amarte. Adiós.

ESCENA 14.

(EL PROFESOR SOLO, MIRANDO HACIA MADAGASCAR)

PROFESOR:

Todos los niños son inocentes.

Yo no.

Ellos son inocentes cuando recitan poemas,

cuando escriben,

cuando juegan.

Vivo incesantemente amenazado por la santa ingenuidad.

Los niños son ingenuos,

incluso,

cuando derraman sangre,

cuando torturan,

violan o blasfeman,

porque intentan no caer en la inocencia y eso es ingenuo.

Mi enemigo más peligroso es el alumno.

Cuando veo a un niño,

lo veo como niño y me agrada,

Cuando lo imagino en otra edad,

me gusta más todavía.

Al proyectarlo,

me parece que vivo su vida,
y eso me rejuvenece.
Porque un niño es la virtualidad del destino,
y yo soy la realización,
que siempre es infinitamente menor.
De cualquier manera,
un niño debe tener derecho a disponer de si mismo.
Y como no se puede forzar la naturaleza,
Emilio, te arrancaré de todas las palabras que nos alejan,
más fácil que de tí mismo.

ESCENA 15.

(EMILIO ENTRA CORRIENDO A SU CASA. LA MADRE, VESTIDA PARA VIAJAR, CON UNA GRAN MALETA, LO DETIENE)

LA MADRE:

Emilio, Emilito, me acordé.

EMILIO:

¿De qué?

LA MADRE:

De la muerte de tu padre. Nuevamente por la culpa del frío, una noche, él y yo, volvimos a dormir juntos. Poco tiempo después, el vértigo, la náusea, el vómito, la guagua. Me preguntó si era de él. Yo le dije que sí. Me pegó. Me hizo sangrar aquí. Esta marca es de él. Me la hizo él. Agarró esa maleta. La llenó de cosas. La cerró y me la puso en la mano. “Te vai de la casa” me dijo. “No tengo dónde” le dije. “A dormir a la calle” me dijo. “Pero ¿cómo?” le dije. “Como las perras” me dijo. Y ahí me arrastró hasta la escalera y me empujó. Caí. Me paré. Me fui a la calle. Como una perra. Casi me morí. Anduve dando vueltas un rato. Me fui a la posta. Me curaron. Y ahí me dijeron que había perdido la guagüita. La enfermera no entendía por qué yo me estaba riendo. Como no había camas “Se va para la casa” me dijo. “Muchas gracias” le dije, y partí con la maleta a decirle a tu papá que ya no había guagua. Los bomberos no me querían dejar pasar. “Mi marido y mi hijo están adentro” les dije. “¿Este es su niño?” me preguntaron. “Sí” les dije. Tú casi tenías un año. Menos mal que tu ventana estaba abierta, porque tu papá dio el gas de los quemadores y del horno de la cocina. Y se echó a dormir. Como un quiltro. Se

ahogó. No sé si se sufre con esa muerte. Parece que uno sigue como durmiendo, como soñando. Ojalá que no. (PAUSA) Ahora me voy donde tu abuela.

(LA MADRE NO LO BESA, NO LO MIRA, NO LO TOCA, TOMA LA MALETA Y SALE DE LA CASA)

ESCENA 16.

(EL PROFESOR SOLO)

PROFESOR:

Quiero a ése niño entre mis brazos.

Quiero abrazarlo hasta morir.

Quiero perpetuar mi paternidad irresoluta en ese niño que va a crecer.

Quiero estar con él.

Enseñarle a soñar con lo que él ni siquiera imagina.

Quiero enseñarle todo lo que no sabe.

Enseñarle lo que es el amor de un hombre a un niño,
a su especie de hijo,

su especie de amigo,

Quiero sentir,

Tibiamente,

su paladar vaciándose en el mío.

Darle qué comer.

Darle qué leer.

Darle qué vestir.

También quiero, a este niño que está en mí y que ahora se aleja.

Quiero a este niño que estuvo en mí y que ahora no me habita.

Pienso en mi niño y me da miedo pensar en ese niño que no es yo.

Busco a mi niño y encuentro otro,

que me mira,

que me busca y que no hace nada para poder evitarlo.

mamamamamama no está ahora

y busco en el niño la posibilidad de amar.

Me van a encontrar un día

con menos defensas que de costumbre,

con la humedad irrefrenable de mi sudor,

con las manos frías y el alma llena de calor para convidarle a él,
al pobre,
al sin padre,
al que duerme con su mamita y sueña sólo con ella.
Veo a ese niño y lo busco hasta encontrarlo dentro de mí.
Quiero verte mi niño.
Quiero verte.
Buscaré en lo mas infinito de mi soledad,
la ubicación exacta de lo que queda de mi corazón.
Es en ese lugar donde siento esta molestia,
este dolorcito,
esta pequeña cicatriz que no quiere cerrarse
y que se abre de sólo para dar paso a la luz de sus ojos,
para dar paso a la lluvia del dolor.
Mi niño de ojos enfermos,
mi niño nervioso,
mi niño aventajado,
mi niño con labios secos de tanto morder su lápiz de madera.
Cómo extraño el gusto de la madera del lápiz en mi boca,
cómo me acuerdo del sabor de la madera del lápiz en mis labios,
Ahora escribo en manuscrito,
con letra de niño,
el amor que no se puede borrar.

ESCENA 17.

(EMILIO, EN EL MISMO SITIO DE LA ESCENA 15)

EMILIO:

Necesito el castigo para ser el niño bueno que debo ser.
Castígueme, profesor, como usted sabe.
Necesito saber quién soy o quién debería ser.
Soy un niño que necesita ser castigado.
Necesito que me vigilen día y noche,
que me vigilen a cada momento.
Cuando me despierte,
por favor,
no me dejen estar mucho rato en mi cama,

por favor,
apenas abra los ojos,
hagan que me levante,
por favor,
no quiero pensar,
no quiero saber,
no quiero estar más sólo conmigo mismo.
Tengo miedo y mi papá siempre está mirándome.
No quisiera saber qué pasa con este cuerpo que apenas se sostiene,
a penas,
gracias a un montón de calmantes,
un vaso de leche fría por la mañana
y el galletón del colegio fiscal que me dan en el recreo del mediodía.
Tengo frío,
tengo frío en pleno marzo,
y dentro de mi cerebro algo me mata,
dentro de mi cerebro algo me abusa,
algo me estruja.
Este cerebro se goza en medio de este dolor que me atormenta,
que me oprime el pecho lampiño y descubierto de mi corazón.
Este pecho que me llena de maldad,
diciendo lo que el corazón pretende,
diciendo lo que el cerebro no quiere aceptar.
Quiero estar en medio de mí.
Quiero volver a ver esa mirada de niño que tanto me gusta
y que usted ya nada esconde para mí.
Reconocer en su mirada, mi niño.
Mi niño en su niño,
mi niño en su nostalgia,
mi niño en su paraíso perdido,
en esa ingenuidad caduca,
en ese irresistible dolor decrepito,
en esa decadencia melancólica,
en ese regocijo nostálgico del saber.
Quiero que me habite,
porque ni Piaget,
ni Rousseau,
ni Montessori,

ni Lacan,
ni el doctor,
ni mi madre,
ni mi padre muerto,
van a sacar esto de mi pecho.
Este niño,
sin padre,
exige su paternidad por el peso de esta debilidad,
por la urgencia de esta malformación,
por la anormalidad de mi nacimiento,
por el ardor de este dolorcito que se agolpa en mi corazón.
No quiero ser niño,
Quiero tener recuerdos del amor,
del vértigo,
del abandono,
de la lucha.
La vida se pone difícil
y soy muy niño para enfrentarme a ella,
Voy a esperar un rato,
para que alguien me diga las palabras que tanto espero escuchar.

(SILENCIO)

Advierto que hay palabras que me perturban.

Por ejemplo:

La palabra silencio me enloquece,
la palabra vacaciones me atormenta,
la palabra familia me hace delirar.

(BEBE UN VASO CON LECHE ACOMPAÑADO DE VARIOS PÍLDORAS)

Mientras cada uno de nosotros trata de llenar su vida con bellas palabras,

Yo, acá escribo cada una de ellas
y de vez en cuando imagino que muerdo un lápiz de madera
y recuerdo un sabor muy dulce,
parecido a la leche,
en el fondo de mi boca.

(EMILIO SE ECHA A DORMIR. COMO UN QUILTRO)

FIN